



solos, con sus caballos muertos, hasta que, herido y agotado, aún lucha don Alonso, con notoria inferioridad, con el moro notable, gritándole: «Yo soy don Alonso de Aguilar», intentando dar a su enemigo el golpe de gracia; pero éste, más entero y menos agobiado, le responde: «Y yo soy el Feheri de Ben-Estepar», al mismo tiempo que le hundía el puñal por la abertura desabrochada del corselete, muriendo así uno de los más intrépidos y prestigiosos generales de la Reconquista.

Los mismos moros quedaron aterrados de su victoria, no viéndose más que cadáveres por todas las trochas, muriendo entonces también el ingeniero de los Reyes Católicos y técnico en artillería, don Francisco Ramírez de Madrid, esposo de doña Beatriz Galindo, «La Latina», maestra de la Reina y de sus hijas.

El Conde de Ureña, don Juan Téllez Girón, salvó la vida, mas no su hijo, no librándose de que el vulgo le cantase la copia:

*Decid, Conde de Ureña,
don Alfonso, ¿dónde queda?*

A Cisneros se le culpaba en Granada de toda esta catástrofe, enterándose al llegar a la Venta de los Palacios de la fatal nueva, que corrió por toda España, llenando de consternación a la nación. La revuelta fué breve, pero rápida en su terminación.

El Rey, indignado, quiso salir al frente de un gran ejército para aniquilar de una vez a aquella indómita raza, que en el espacio de dos años se había ya sublevado cuatro veces. Pero comprendiendo su temeridad, los moros se rindieron a discreción pidiendo el perdón.

Por entonces se decretó oficialmente la unidad religiosa en España, por la cual todos los moros mayores de catorce años, o recibían el bautismo, o salían de España en

término de dos meses, con lo cual creció el partido de Cisneros, aunque éste ya no volvió a imponer por la fuerza la conversión, no obstante ser tan duro como la dureza de su siglo, del que fué entera y viril encarnación.

Los Reyes y Cisneros estuvieron en su derecho al expulsar a aquel pueblo INVASOR, que desde la conquista de Granada vivían de prestado. Entonces tenía el Arzobispo sesenta y cuatro años, y los continuos trabajos, junto con los fríos aires de la Sierra que penetraban por los ventanales de la Alhambra, faltaron muy poco para quebrantar y dar al traste con su robusta salud, ya que unas «malignas calenturas» trajeron de cabeza al ilustre enfermo y a sus físicos durante muchos días, siendo trasladado por orden de la Reina al Generalife, menos azotado por los vientos, no obstante ser posesión veraniega de los moros y reyes cristianos y disfrutar de más fresca temperatura.

Como el Cardenal tardase en curar, se recurrió a las artes curanderiles de una mora conversa, la cual le recomendó a otra mora octogenaria, que era muy ducha en dichas actividades clandestinas.

A altas horas de la noche, y a escondidas de los galeños, la andrajosa «vidente» prometía que en ocho días estaría sano el Arzobispo, como así fué, recomendándole cortos paseos por la ribera del Darro, y que se marchase a sus tierras madrileñas, donde acabaría de recobrase, agradeciendo Cisneros a la mora todos los cuidados prestados a su salud.

Esta intervención de la vieja fué objeto de animadversión en el proceso de canonización, cosa que no prosperó gracias a la proveyta edad de dicha mora, y por haber procedido con medios naturales. El caso es que su, al parecer, bronconeumonía respetó la vida del purpurado.

También por ahora (25 de febrero de 1500) recibía don Fernando en Granada la noticia de cómo la Infanta doña Juana, su hija, había dado a luz en la ciudad de Gante al que había de ser el César de medio mundo, el emperador



Carlos V, que abría sus ojos al mundo a las tres y media de la madrugada de aquel día, y en lugar tan humilde como el retrete del palacio, por una de esas muecas del destino.

Igualmente coincidió con esta noticia la protesta que el Rey de Egipto, Soldán de Babilonia, envió airadamente a España por la guerra hecha a los moros granadinos, y con objeto de que no tratase del mismo modo a los cristianos que en su reino había, los Reyes Católicos mandaron una embajada presidida por Pedro Mártir de Angleria, que arregló a satisfacción el conflicto, siendo nombrado Deán de Granada, y enterrado al morir sentado en una silla, según voluntad propia, con una casulla hecha de una tela muy rica que le regaló el citado Soldán.

17.—DOÑA JUANA LA LOCA Y DON FELIPE EL HERMOSO LLEGAN A ESPAÑA

Este matrimonio llegó a España por Fuenterrabía el 3 de enero de 1502, presentándose en Toledo a los pocos días, haciéndole un gran recibimiento el pueblo, al frente del cual se puso el Cardenal.

El Archiduque Felipe, elegante y agraciado, era al mismo tiempo frívolo y ambicioso, pues ya había cometido el grave error, a la muerte del Príncipe don Juan, de declararse Príncipe de Castilla, que no le pertenecía, ya que aún vivía la Reina Isabel y el Infante don Miguel. No obstante, fueron jurados Reyes en la Catedral.

Otro de los equívocos de Felipe antes de pasar a España fué su detención en Francia, donde servilmente firmó, sin consentimiento del Rey Católico, un tratado deshonesto sobre Nápoles, roto en buena hora por el Gran Capitán en Ceriñola y Garellano.

El Archiduque no guardaba consideración a nadie, no exceptuando ni a los Reyes ni a su esposa. Indolente, afe-

A la izquierda, y en la otra página, se reproduce un grabado de la entrevista de don Fernando el Católico con su yerno Felipe el Hermoso, celebrada en la ermita del Remesal (Puebla de Sanabria). Por último, y en esta misma página, los retratos de doña Juana la Loca y Felipe el Hermoso.

minado y al par mujeriego, recibía todo con insolente desdén. Bien es verdad que su mujer era poco agraciada y casi boba, además de loca, alternando las caricias, en extremo empalagosas, con las crisis de celos, aunque éstas casi siempre justificadas. Su locura le venía de su abuela Isabel, esposa de Juan II, que se acabó de perturbar con la degollación de don Alvaro de Luna.

En los cinco meses que duraron las fiestas y regocijos en Toledo, el Cardenal empezó a preparar su Poliglota Complutense y otras obras culturales. Pero pasado este tiempo, Felipe se encontraba aburrido dentro de la seriedad de la Corte, la austeridad del Cardenal y la celopatía de su esposa, que le tenían atada su licenciosa vida, por lo cual decidió marcharse a Flandes, no obstante encontrarse doña Juana encinta, cruzando por Francia, aunque esta nación se encontraba en guerra con España.

Los Reyes salieron hacia Alcalá, empezando ya entonces la Reina a sentirse enferma de la dolencia, que le abrió poco después al sepulcro. Mientras, Cisneros, para embellecer a Alcalá a los ojos de los Reyes, empedró la calle Mayor y otras adyacentes para evitar el estancamiento de aguas sucias, activó la construcción de la Universidad, dejando a los Soberanos para residencia el Palacio Arzobispal, marchando él a vivir a casa de un vecino de la calle Mayor, llamado Bahena.

El Rey salió hacia Zaragoza por el asunto de la guerra con Francia, mientras su hija iba cayendo cada vez más hondo en la celopática melancolía que ni aún hoy día se

ha podido descifrar. El 10 de marzo daba a luz, sin dolor, al Infante don Fernando, bautizado por Cisneros en San Justo de Alcalá.

Fernando derrota al francés, obligándole a levantar el sitio de Salsás, donde se disputaba la posesión de Nápoles, quedando aniquilado el lucido ejército de Luis XII. Pero estas victorias no fueron suficientes para tranquilizar las inquietudes del Rey con su hija Juana, que ya en el castillo de Medina del Campo quiso huir medio desnuda una noche en busca de Felipe, obligando a levantar el puente levadizo, por lo que hubo de encerrarla en una de las garitas, cccina del cuerpo de guardia, habiendo acudido Cisneros por ver de convencer a aquella loca de amor, que hasta el pudor había perdido en su vesánica inconsciencia.

La Reina madre, dentro de su estado delicado de salud, se trasladó a Medina, cerca de su hija, llegando muy quebrantada el 28 de noviembre de 1503, logrando que doña Juana saliese a sus habitaciones y cubriese honestamente sus carnes desnudas, pasando así el tiempo hasta que embarcó en marzo camino de Flandes, separación conmovedora que sería la última en este mundo.

Poco remedio iba a encontrar doña Juana junto a su esposo, pues éste se encontraba amancebado al poco tiempo con una de las damas que llevó su propia cónyuge. Pero ésta, percatada de estas «non sanctas» coyundas, después de propinar una «soberana» paliza a la concubina, mandó la cortasen el pelo al rape, expropiándola de sus blondas guedejas, que dejaron como una calabaza su bella testa, escándalo que se propaló por todo el reino, terminando Felipe por encerrar a su despechada e iracunda esposa.

Estas noticias llegaron a Medina, empeorando la salud, ya muy quebrantada, de doña Isabel, que aprovechando la estancia de Cisneros en el castillo, redactó el 12 de octubre su inmortal testamento político, donde se veía claramente el programa de gobierno que más adelante seguiría el Arzobispo.

Cisneros, por exigencias del siempre levantisco Cabildo Catedralicio, tuvo que salir hacia Toledo para serenar los contumaces ánimos de aquellos revolucionarios, que habían metido en prisión al Nuncio Apostólico. Despidióse de la Soberana, sin pensar que tampoco volvería a verla en el mundo de los vivos.

18.—MUERE LA REINA.—CLÁUSULAS DE UN MAGNÍFICO TESTAMENTO.

Una serie continua de disgustos afectan la salud de la Soberana, llegando a quebrantar su recie entereza de cuerpo y ánimo. Apenas había degustado las mieles de la jura de su hija y don Felipe como príncipes herederos de Aragón y Castilla, cuando aquéllas se trocaron en hieles. Doña Isabel, amargada por el desvío de su yerno hacia doña Juana, a quien deja a los pocos meses de haber pisado territorio español, sufre en lo más hondo de su alma de mujer y madre los desprecios del Archiduque hacia su perturbada esposa. El Cardenal le hace recordar que antes que nada es Reina, haciéndola con sus consejos que recobre su entereza varonil, pues debe hacer frente a la guerra que su esposo hace a Francia, donde se gana Ceriñola y Garellano, que consolida la dominación de España en Italia, y que se sobreponga a otra gran contrariedad, como era la horrorosa epidemia que aterrorizaba a Castilla. Pero al fin, los accesos de locura de la más apasionada de las esposas causaron en el corazón de la madre, no menos apasionada por su hija, una herida mortal que a los dos años la conduce al sepulcro (33).

(33) Se sabe que murió en Medina del Campo, pero lo que no se sabe de cierto si tuvo su óbito en el Castillo de la Mota, en el convento de Santa María la Real o en el Palacio de Dueñas.

La nota más saliente de su magnífico y célebre testamento, modelo de virtudes y ciencia política, fueron: QUE NO SE ENAJENASE NUNCA LA PLAZA DE GIBRALTAR, catástrofe que, de vivir hoy la egregia dama castellana, hubiese sido suficiente para morir de dolor ante tamaña afrenta. Gibraltar la consideraba como llave del Estrecho y de la costa marroquí.

Que no se volviese a casar su esposo. Otro de los dardos clavados en su corazón, de haber resucitado y presenciado cómo su indigna sucesora luciera las alhajas que su esposo la regalase, usurpando la propiedad de la difunta, a la que pertenecían por derecho propio. Que fuese enterrada junto a él. Que uno de los testamentarios fuese Cisneros y, por último, no permitiese, por modestia y excesivo pudor, que la descubriesen los pies para administrarle la Extremaunción. (Tampoco en sus partos consintió jamás que dama alguna la asistiese.)

Y así, a las doce del día 26 de noviembre de 1504, a sus cincuenta y cuatro años, y atacada de una hidropesía (¿?), entregó su espíritu aquella famosa Reina de Castilla.

Cisneros corrió a la llamada del Rey, el cual renunció públicamente a la corona en su hija doña Juana, Reina propietaria, quedando él solamente como Gobernador del reino, retirándose unos días con el Cardenal al Monasterio de la Mejorada a llorar sus amarguras, que presto habría de trocar en dulzuras al casarse con la joven Germana de Foix.

En las Cortes de Toro de 1505 fueron jurados Reyes de Castilla doña Juana y don Felipe, pero muy pronto se empezaron a ver nubarrones por el cielo español, pues los nobles turbaron la tranquilidad y la paz, pretendiendo volver a los tiempos feudales de Enrique IV, oponiéndose a que fuese proclamado Regente don Fernando y se retirase a sus estados de Aragón.

Sólo y abandonado, sin el apoyo de su Reina Consejera, tornóse huraño y receloso, agriándose su espíritu y pensando incluso resucitar los derechos de la Beltraneja al trono de Castilla, y casarse con ella, cosa a la que se negó la señora, en vista de lo cual se atrajo la confianza de su enemigo, el Rey de Francia, para casarse con la hermana de éste, Germana de Foix, comprando la paz con su propio honor, y antes de los dos años de su viudez. El Rey Fernando, a las cincuenta y cuatro años de su edad, contrajo nupcias con una joven de dieciocho primaveras.

El pueblo murmuró, y los grandes, ante esta vergonzosa defección y como excusa de su egoísmo particular, pusieron los ojos en Flandes, aunque el verdadero culpable de estos manejos fué el tal flamenco Felipe, por sus coqueteos con el francés, que obligaron a Fernando a tomar tal resolución.

¿Estuvo Cisneros conforme en estos manejos de su Rey? El Arzobispo aconsejó a don Fernando que no convenía tanto rendimiento con los nobles, y que no temiese sus amenazas, mostrándoles un ánimo firme y resuelto a mantener su decoro y justicia, prometiéndole estar siempre a su lado para así ayudarle, y aunque fué muy fiel a Fernando, nunca tuvo intimidad con él, bien por su diversidad de educación y de principios, ya por el desvío con que aquél le trató desde su exaltación al Arzobispado. De todas formas, el Rey procuró siempre contar con él y no tenerle por enemigo. Sin embargo, a la Corte flamenca importaba mucho separarle del servicio de Fernando, pues veían en el Cardenal un temible consejero que no se avenía con los manejos y tratos de Felipe, al que siempre mantuvo respetuosamente a raya.

En corroboración al celo que desplegaba Cisneros con relación a los manejos de Felipe y sus flamencos, cuenta la Historia la siguiente efemérides, que pone muy alto el nombre y prestigio de mi biografiado.

(Continuará.)

del agua era el de ver empañados los reflejos de sus chisteras por las gotas que desparramaba el surtidor.

El agua, disciplinada y entubada, que Bravo Murillo trajo a Madrid, acabó con muchas estampas tradicionales. Desaparecieron de las calles madrileñas los aguadores, y a cambio de ellos la urbe se adornó con fuentes. El pregón estridente fué sustituido por la grata salmodia de los surtidores. Madrid completaba su fisonomía de urbe cosmopolita y el agua de Lozoya parecía como una riada simbólica que, al invadir la ciudad, la limpiara de lacras y la hiciese juvenil y pimpante.

Y este agua de Madrid sigue conformando su fisonomía, Los años han transcurrido y en su paso presuroso se han llevado muchas cosas ; algunas fuentes entre ellas, como ésa de la calle Ancha de San Bernardo que ilustra nuestra portada. Pero no por eso ha dejado el agua de ser un elemento que decora el paisaje, ni un medio para proporcionar solaz y alegría a los madrileños. Madrid en verano se viste un poco de océano ; de océano aprisionado entre el cemento de las piscinas, con sus tonalidades cambiantes como los océanos de veras cuando los asaetea el sol, o sobre ellos se posan, tercas y enfurruñadas, las nubes. A estos procelosos de bolsillo se lanzan alborozados miles y miles de habitantes de nuestra ciudad. Madrid realiza en verano una especie de públicos esponsales con el agua, a través de todos esos cuerpos jóvenes que con eurítmica gracia se lanzan a rasgar el cristal de sus piscinas y a estremecerle con su posesión. La estampa ha cambiado. El agua de Madrid no sirve de bello fondo a un enchisterado y grave caballero, sino que juega con el grácil cuerpo de una mujer, se deja azotar por los robustos brazos de un atleta, cuida y mimma a los niños, formando alrededor de sus frágiles cuerpos pequeños rizos de espuma que brillan al sol como una sonrisa.

¡ El agua de Madrid ! Mucho se ha hablado de su cielo, de su luz, de su alegría... Y esa alegría de Madrid, ¿ por qué no pensar que la viene a través de ese Canal de Isabel II, con su agua bautismal que lavó a la ciudad de tantos pecados que, por antiguos, casi podemos llamar originales ?

Como homenaje a la Reina y a su ministro, cubrimos este número de nuestra Revista con dos bellas estampas, de ayer y de hoy, de la alegría del agua en Madrid.

GERARDO DE NÁRDIZ

